

Tropezando con la misma piedra

Jesús Álvarez y Cristóbal Aguirre

Ignoramos quién es el autor del refrán con que inicia esta reflexión; seguramente proviene, al igual que la mayoría de los refranes, de la sabiduría popular que tiene un amplio repertorio aplicable casi a cualquier circunstancia. En todo caso, es bien sabido que entre las especies que poblamos la tierra, el hombre es dado a tropezar una y otra vez con la misma piedra; en cambio -dicen los que saben- el venado toma rutas diferentes cada día para evitar toparse con el puma; por lo menos con el mismo. Aunque no pensamos escribir sobre refranes, éste que debiera prevenir sobre los tropezones, viene al caso porque tenemos en Durango un programa para aumentar la producción de madera en los bosques, con el cual ya nos hemos tropezado en el pasado.

Lo primero que hay que decir, antes de volver al refrán con que iniciamos, es que el bosque de la sierra de Durango está clasificado como boreal templado frío, parecido al de Canadá, Europa, Norte de Asia y los Estados Unidos Americanos. Sin embargo, cabe mencionar que nuestro bosque tiene dos peculiaridades importantes, las cuales deben tomarse en cuenta para un correcto manejo: una de ellas es que la biodiversidad del ecosistema es aquí mucho mayor y que el bosque en lugar de estar dominado por dos o tres especies, está compuesto por decenas de diferentes especies; la otra peculiaridad es que el régimen de lluvias está regulado durante el verano por las depresiones tropicales y durante el invierno por los frentes fríos del norte, que si encuentran aire húmedo ocasionan las aguanieves. Por cierto, las lluvias de invierno son cada vez más escasas y en los últimos años hemos tenido periodos de sequía hasta de nueve meses.

Lo segundo que hay que afirmar, por su importancia para el manejo, es que no toda la sierra de Durango tiene las mismas características. Debido a su impresionante orografía y las consecuencias que ésta tiene en el clima, el bosque se divide en tres ecosistemas diferentes: la vertiente oriental, que es más árida y ocupa el 50 % del total de la superficie; la vertiente occidental, más agreste, con magníficas barrancas, menos fría y con elevadas precipitaciones; y la sierra alta,

con una altitud de 2500 metros o más sobre el nivel del mar, y más húmeda que la vertiente oriental.

La sierra de Durango, sobre todo en su vertiente oriental y sierra alta, ha sido sometida a aprovechamiento forestal comercial desde hace casi un siglo, con diferentes métodos de manejo. Por ejemplo, la compañía maderera de capital inglés que inició los aprovechamientos, cortaba solamente árboles de grandes diámetros y alturas -a propósito de lo cual, según los conocedores, desapareció el hábitat del pájaro carpintero imperial, reportado como extinto- En la década de los setenta, se implementó otro plan de manejo, cuyo propósito consistía en lograr el establecimiento de bosques regulares, es decir, de bosques de la misma edad en una determinada superficie.

Todos los métodos de manejo tienen como propósitos el aprovechamiento, la restauración, el cultivo, la mejora y la reforestación de los bosques. El aprovechamiento consiste en extraer del bosque cada cierto tiempo lo que ha crecido, es decir, el volumen que ha incrementado. Esto es importante porque si se cortara más de lo que el bosque incrementa, sería como retirar del banco no sólo los intereses sino también el capital. Para garantizar que haya incremento, es necesario asegurar que los espacios que quedan descubiertos debido a los árboles que se han cortado, así como otros espacios que no tengan árboles, sean inmediatamente cubiertos por la reforestación natural; ó por una reforestación artificial si aquella no ocurre naturalmente.

Los métodos que se ha aplicado en los bosques de Durango procuran que el capital permanezca y sólo se tomen los intereses, aunque ha ocurrido con frecuencia, sobre todo en la vertiente oriental, que se ha estado tomando también el capital y hay muchas áreas que ya no son productivas. Esto ha sucedido porque la reforestación no se presenta en forma natural y aún así no se hace la reforestación artificial; ó porque la reforestación natural sí se presenta, pero acaban con ella el pastoreo intensivo ó los incendios; o también porque se reforesta con una sola especie cuando el bosque original está constituido por varias especies. Por otra parte, acabar con el capital tiene también consecuencias en el suelo, ya que la falta de vegetación hace propicio un proceso de erosión de

la tierra que ya no puede revertirse, de tal manera que a algunos suelos que se formaron en millones de años, se los lleva un aguacero torrencial en unas horas.

La producción y la productividad de los bosques de Durango no han sido, por las causas que ya se han dicho y otras más, equivalente a la productividad de otros países. Y para aumentar la producción y la productividad, tal parece que haciendo caso omiso de causas y consecuencias, se implementará en la sierra de Durango un programa llamado de “manejo silvícola intensivo” cuya estrategia número uno es el manejo intensivo de bosque natural ó matarrasa. Este manejo intensivo consiste en extraer toda la vegetación en ciertas superficies dejando el suelo raso, y procediendo luego a reforestarlas de manera artificial. En este caso los aprovechamientos se efectúan a menor costo, pero la flora, la fauna y el suelo quedan desprotegidos por algunos años, y el peligro de erosión y afectaciones irreversibles al ecosistema está siempre presente.

Este método de matarrasa tiene un enorme impacto ecológico y rompe totalmente con el orden que el bosque tiene por sí mismo, y que en buena medida aún desconocemos. Aplicar este método es una manifestación más de esa idea que se hizo cada vez más fuerte a partir del siglo XVIII, acerca de que el hombre puede hacer con la naturaleza lo que quiera, independientemente de las consecuencias. Además, dado que nuestro bosque tiene un orden muy distinto a los de Europa, USA y Canadá en cuanto a biodiversidad, suelo, régimen de lluvias y tenencia de la tierra, no es en absoluto aplicable aquí el método de matarrasa, o de “manejo intensivo de bosque natural” como se le llama en el programa que ya mencionamos. Y aún cuando tuviera el mismo orden que los bosques de esos países no sería recomendable, porque es una decisión que se toma con alto grado de incertidumbre.

En un mundo preocupado por las consecuencias de los excesos que hemos cometido con la naturaleza, es aconsejable ser precavidos y prudentes. Aplicar matarrasa en nuestros bosques es un riesgo que no vale la pena correr, porque muy probablemente los perjuicios sean más que los beneficios, aunque a corto plazo parezca lo contrario. Eso no significa que deba seguir aplicándose el manejo forestal vigente tal cual; habría que revisar los predios en que sólo se aprovecha el

bosque pero no se le apoya reforestándolo, y verificar también si se controla el pastoreo y se previenen incendios.

No debemos tropezar con la piedra con la que ya tropezaron varios países de Europa, que aplicaron matarrasa y sustituyeron sus bosques naturales, en una época en la que el manejo consideraba al bosque solamente como suelo y árboles y no como ecosistema bosque; un ecosistema que consiste en una estrecha interrelación de innumerables especies de arbustos, herbáceas, hongos, mamíferos, aves, reptiles, insectos y muchas otras que ni conocemos. Hoy en día, países europeos se lamentan por haber roto esa interrelación y modificado los ecosistemas, y están tratando de recuperar la biodiversidad que perdieron. Para el caso de Durango, lo aconsejable es no volver a tropezar con esa piedra, sino más bien experimentar en cabeza ajena.